

# La triple dimensión del conflicto sirio

*Ignacio Álvarez-Ossorio*

Si algo ha dejado claro el primer lustro de guerra es que ninguna de las partes dispone de la capacidad suficiente para imponerse. La progresiva balcanización de Siria, dividida entre el régimen, los rebeldes, los yihadistas y los kurdos, exige la implicación activa de la comunidad internacional.

---

**C**inco años después de su inicio, la guerra en Siria está fuera de control. La multiplicidad de actores implicados en su desarrollo y la diversidad de intereses que defienden han agravado la situación sobre el terreno hasta límites inimaginables. La aproximación a este conflicto, de carácter poliédrico y con múltiples aristas, es compleja, ya que requiere abordar sus tres dimensiones: la doméstica, la regional y la internacional, que interactúan entre sí distorsionándolo y contaminándolo.

Lo que empezó siendo una revuelta antiautoritaria en el marco de la denominada primavera árabe se transformó pronto en una confrontación civil entre un régimen que apostó todas sus cartas a la denominada solución militar y los diversos grupos rebeldes, incapaces de formar un frente común para luchar contra un rival más poderoso en una guerra asimétrica. La indiferencia occidental ante el descenso a los infiernos de Siria abrió el camino a las potencias regionales –Irán, Arabia Saudí, Turquía y Catar– que entraron en escena apoyando los diversos bandos de la contienda. Tras la irrupción del autodenominado Estado Islámico (Daesh, en sus siglas en árabe) se pasó de la fase de regionalización a la de internacionalización con la intervención de Estados Unidos y Rusia. El primero al frente de una coalición internacional que, a partir del verano de 2014, intentó frenar el avance de los yihadistas en Irak y Siria. El segundo que, en otoño de 2015, acudió en defensa de un régimen sirio al borde del colapso.

---

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante: [ialvarez@ua.es](mailto:ialvarez@ua.es)

El resultado de esta guerra multidimensional es bien conocido: la mayor catástrofe humanitaria registrada en Oriente Próximo desde el genocidio armenio. Según datos del Observatorio Sirio de Derechos Humanos, el número de muertos supera los 330.000 y Amnistía Internacional ha contabilizado, a su vez, 65.000 desaparecidos. Más de la mitad de la población se ha visto forzada a abandonar sus hogares: ocho millones se han convertido en desplazados internos y otros cuatro millones en refugiados en los países del entorno (sobre todo Turquía, Líbano, Jordania e Irak). El éxodo sirio hacia Europa, intensificado a partir del verano de 2015, guarda una estrecha relación con la falta de expectativas en torno a una solución negociada del conflicto. Acuciada por esta situación de emergencia, la comunidad internacional ha salido de su mutismo abriendo un canal de negociación en Viena para tratar de poner fin a las hostilidades.

### **La aritmética de la guerra**

La primera dimensión a la que debemos prestar atención es la doméstica. En los últimos meses se han experimentado notables cambios en cuanto a la distribución de fuerzas sobre el terreno. El régimen sirio se ha atrincherado en sus feudos de la franja mediterránea y el corredor urbano, que va desde Damasco hasta Alepo (apenas un tercio del territorio donde se concentra más de la mitad de la población), mientras que las diferentes facciones rebeldes (el Frente Islámico, el Ejército Sirio Libre y el Frente al-Nusra esencialmente) han ganado posiciones sobre todo en el norte y el sur. Las Unidades de Protección Popular dominan el Kurdistán sirio mientras que el Daesh controla la cuenca del río Éufrates desde la frontera turca a la iraquí. El país ha quedado dividido de facto entre estos cuatro actores y, por tanto, corre el riesgo real de balcanizarse si no se alcanza una solución negociada que respete su integridad territorial.

Desde el inicio de las movilizaciones antiautoritarias a mediados de marzo de 2011, la absoluta prioridad de Bachar el Asad ha sido blindarse en el poder. Para ello ha recurrido a diversas reformas de carácter cosmético como la derogación de la ley de emergencia, la aprobación de una nueva ley de partidos o la enmienda de la Constitución y, sobre todo, a la denominada “solución militar”, al interpretar que libraba una batalla a vida o muerte en la que solo habría un ganador y un perdedor. La brutal represión de los focos de resistencia ha provocado una alta mortandad no solo entre los rebeldes, sino también en la población civil. En este sentido, el Consejo de Derechos Humanos de la ONU ha acusado de manera reiterada al régimen de haber perpetrado crímenes de guerra y de lesa humanidad.

El elevado número de bajas sufrido por el ejército sirio (más de 50.000 según diferentes fuentes) y el agotamiento de las vías de reclutamiento han obligado al régimen a recurrir, cada vez con mayor frecuencia, a fuerzas paramilitares y a milicias chiíes aportadas por sus aliados regionales. En los últimos años han cobrado protagonismo las Fuerzas de Defensa Nacional y el Ejército Popular que movilizan a cerca de 200.000 combatientes. Dichos grupos cuentan con entrenamiento, asesoramiento y aprovisionamiento de la Guardia Revolucionaria iraní y el Hezbolá libanés, que también se han involucrado en la guerra. Asimismo, se ha detectado la presencia de milicianos iraquíes desplegados por los principales santuarios chiíes del país.

En el bando rebelde encontramos una heterogénea amalgama de grupos que van desde los seculares alineados en torno al Ejército Sirio Libre a los salafistas del Frente Islámico, pasando por los yihadistas del Frente al-Nusra (la franquicia local de Al Qaeda). Dichos grupos difieren notablemente del futuro de Siria, puesto que el primero defiende un Estado laico y democrático y los segundos son partidarios de uno islámico regido por la *sharia*. Las dos principales plataformas opositoras en el exterior –el Consejo Nacional Sirio y la Coalición Nacional de las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria– carecen de influencia sobre el terreno. Uno de los déficits más importantes de la oposición es, por tanto, su falta de cohesión y su incapacidad para hablar con una sola voz en unas eventuales negociaciones de paz.

Aún más peligrosa es la dependencia de esta miríada de grupos rebeldes de sus patrocinadores. EE UU, Reino Unido y Francia financian a los grupos de orientación secular, mientras que Arabia Saudí, Turquía y Catar se decantan sobre todo por grupos de corte islamista (como el salafista Ahrar al-Sham, la columna vertebral del Frente Islámico, o las Brigadas Tawhid, próximas a los Hermanos Musulmanes). La ayuda militar y económica que reciben les hace extraordinariamente dependientes de sus patrones. A las potencias regionales no les interesa que exista un liderazgo rebelde fuerte y cohesionado que les plante cara y prefieren mantener a las milicias fragmentadas y atomizadas para garantizar su lealtad y obediencia.

Capítulo aparte merece la irrupción del Daesh en territorio sirio. Este grupo, originario de Irak, aprovechó el vacío de poder existente para implantarse en las zonas fronterizas y hacerse con el control de la

*A las potencias regionales no les interesa que exista un liderazgo rebelde fuerte y cohesionado que les plante cara*

ciudad de Raqqa. Siria se convirtió, como ya había ocurrido en el pasado con Afganistán e Irak, en un polo de atracción para miles de yihadistas internacionales. El principal éxito de este grupo radica en su sólida base territorial, ya que controla una vasta región que abarca varias provincias entre Siria e Irak donde residen cinco millones de personas. En las zonas bajo su control, el Daesh impone la *sharia* en su versión más rigo-rista y estricta: la wahabí.

La estrategia del Daesh ha ido evolucionando en función de los cambios experimentados en el terreno. En un primer momento se centró en la conquista de territorios. Tras la instauración del califato, su máxima prioridad fue la consolidación de su autoridad. La campaña aérea desatada por EE UU, y secundada por Rusia más tarde, llevó a replantear esta estrategia y perpetrar atentados terroristas a gran escala en el extranjero, por medio del derribo de un avión ruso en el Sinaí y varios atentados simultáneos en París.

### **La guerra fría irano-saudí**

La segunda dimensión en la que debemos detenernos es la regional, que suele pasar más desapercibida pero es quizá la más relevante a la hora de comprender la agudización de la guerra. La inmovilidad de los países occidentales propició la intervención de las potencias regionales en Siria. Mientras que Irán acudió en defensa de El Asad, Arabia Saudí lo hizo en apoyo de los grupos rebeldes. Hoy día, dichas potencias libran en territorio sirio una guerra por la hegemonía en Oriente Próximo a través de actores interpuestos.

Irán ha apostado todas sus cartas por el mantenimiento del régimen, a quien considera su principal aliado estratégico y cuya supervivencia se ha convertido en un asunto de seguridad nacional. Siria representa, por tanto, una primera línea de defensa. Con su intervención pretende preservar su esfera de influencia en Oriente Próximo: un arco chií que va desde Irán hasta Líbano pasando por Irak y Siria e, incluso, extenderlo a otros países de la península Arábiga con población chií como Bahreín o Yemen. Estas son las razones por las que Irán ha prestado un activo respaldo político, económico y militar a El Asad, no dudando en movilizar también a las milicias de Hezbolá, que operan sobre todo en las áreas colindantes al valle de la Bekaa. Aunque no existen datos fiables sobre el monto total de la ayuda iraní, diferentes fuentes la cifran entre los 15.000 y los 20.000 millones de dólares en estos últimos cinco años.

Arabia Saudí, por su parte, ha financiado tanto a la oposición en el exterior como a los rebeldes en el interior. Este apoyo guarda relación

con lo que parece ser su máxima preocupación en política exterior: la necesidad de contener a Irán. Para ello no ha dudado en exacerbar las tensiones sectarias entre las corrientes suní y chií a escala doméstica y regional y en abanderar una alianza militar suní que ha intervenido en Yemen y Bahréin. En este sentido el derrocamiento de El Asad y el establecimiento de un gobierno suní serían un enorme contratiempo para Irán. Otro de los objetivos de Arabia Saudí es expandir la ideología wahabí en la región, por lo que ha canalizado sus ayudas hacia los grupos salafistas agrupados en el Frente Islámico, con un discurso claramente sectario y que ejercen de contrapeso a las facciones yihadistas. No debe pasarse por alto que el Daesh, con unos 2.000 combatientes saudíes, ha situado la monarquía saudí en su diana al considerarla ilegítima por su estrecha alianza con EE UU.

### **La coalición anti-Daesh**

La tercera dimensión a tener en cuenta para comprender el conflicto sirio es la internacional. La comunidad internacional tiene una evidente responsabilidad en el caos extendido por la región, puesto que ha asistido impasible a la destrucción de Siria. Únicamente la irrupción en escena del Daesh y el masivo éxodo de refugiados hacia Europa parecen haber sacado a los países occidentales de su mutismo.

El avance del Daesh propició la creación de una amplia coalición internacional que, desde otoño de 2014, bombardeó los principales bastiones del grupo yihadista. No obstante, la renuencia de los integrantes de dicha coalición a desplegar tropas sobre el terreno permitió al Daesh consolidar sus posiciones y capturar las ciudades de Palmira y Ramadi. La coalición ha lanzado hasta noviembre más de 8.200 ataques provocando la muerte de unos 10.000 yihadistas. El peso de dicha coalición lo lleva EE UU y la mayor parte de los países árabes que la integran han congelado su participación para centrarse en los bombardeos contra los hutíes en Yemen.

Rusia ha sido el último actor en sumarse a los ataques contra el Daesh, aunque de manera autónoma. El objetivo ruso no es solo golpear dicha formación, en la que combaten centenares de yihadistas provenientes de Chechenia y otras exrepúblicas soviéticas, sino también frenar el avance de los rebeldes hacia la costa mediterránea, uno de los feudos del régimen. En juego no solo está Tartús, única base naval rusa en el Mediterráneo, sino también el contrato de 25 años para que la compañía Soyuzneftegaz explote las abundantes reservas de gas detectadas en el litoral. Vladimir Putin ha aprovechado

la indecisión occidental para afianzar su presencia en la región y apuntalar a El Asad en el gobierno.

### **El canal negociador de Viena**

Si algo ha dejado claro el primer lustro de guerra es que ninguna de las partes dispone de la capacidad suficiente para imponerse a sus rivales. Los bombardeos aéreos contra el Daesh le han debilitado, pero todavía sigue controlando amplias zonas y disponiendo de importantes recursos. La progresiva balcanización de Siria, dividida entre el régimen, los rebeldes, los yihadistas y los kurdos, exige una activa implicación de la comunidad internacional para forzar a las partes a la negociación y salvaguardar su integridad territorial.

Desde 2011, las iniciativas de la comunidad internacional para poner fin al conflicto han brillado por su ausencia. Acuciados por el avance del Daesh y la crisis de los refugiados, un grupo de países (EE UU, Rusia, Arabia Saudí, Irán y Turquía, así como los representantes de las Naciones Unidas, Staffan de Mistura, y de la Unión Europea, Federica Mogherini) decidieron abrir un canal de negociación en Viena a finales de octubre de 2015. La hoja de ruta que plantean consiste en la aplicación del plan de transición aprobado en Ginebra en 2012 y basado en la formación de un gobierno de unidad nacional con figuras de la oposición y del régimen en el que el primer ministro disponga de plenos poderes ejecutivos. Dicho plan también contempla la redacción de una nueva Constitución y la convocatoria de elecciones legislativas y presidenciales en un plazo de 18 meses.

Esta hoja de ruta llega con tres años de retraso y es de difícil aplicación dada la fragmentación del territorio y la hostilidad irano-saudí. Además, el Daesh y el Frente al-Nusra, excluidos del proceso, controlan cerca de la mitad del territorio y tratarán de boicotearla. Otro escollo insalvable es el futuro de El Asad. Tanto en Ginebra como en Viena los negociadores optaron por la “ambigüedad constructiva”, ya que no especificaron si su salida era una condición para su puesta en práctica. Rusia e Irán consideran que es el pueblo sirio quien debe pronunciarse al respecto, mientras que EE UU y Francia se oponen a su continuidad. En lo que coinciden unos y otros es en su temor a que con El Asad caiga también el régimen y que el vacío de poder acelere la desintegración estatal, tal como ocurrió en Irak tras la caída de Saddam Husein.